

Coloquio¹

Consuelo Martínez-Sicluna - Ahora tenemos un pequeño turno de preguntas. Hay que escribir la pregunta y pasarla para que llegue a la mesa y podamos plantearla.

Mientras esto sucede, vamos a rellenar con alguna pregunta o algún matiz que se me pueda ocurrir a mí, porque han sido muchas las cosas que se han mencionado. Entre esos dos polos de una juventud que tiene esa inmediatez en las relaciones, por un lado y, por otro lado, el miedo al compromiso, el no querer comprometerse... También entre los miedos que pueden aquejar a la juventud y ha hablado de esos miedos del género humano pero también del joven estaría la idea de ese miedo a la soledad, a no sentirse solos, y, sin embargo, es una sociedad en la que parece que el joven está acompañado siempre. Las redes sociales, los móviles, etcétera, parece que son un bombardeo continuo de relaciones sociales que carecen, por otra parte, de profundidad.

Por otro lado, el miedo al fracaso, y en ese último aspecto del documento de trabajo del Sínodo de los Obispos se habla de ese último factor que es la elección, el discernimiento vocacional, cómo se puede hacer una elección sin saber si es la elección acertada. Una elección que, además, en la juventud es una elección que va a condicionar el resto de su vida. ¿Cómo podemos ayudar al joven?

Por otra parte, un aspecto que me parece muy importante, y al que usted ha hecho referencia, es la importancia de la familia. La familia que hoy, sin embargo, no es que esté en crisis, es que lo que se pretende es que esté en crisis. Deja poco margen de maniobra este sistema social a la familia. ¿Cómo la familia puede permanecer, puede ayudar al joven? Muchas ideas.

Jesús Vidal - En primer lugar, en relación a la elección, a cómo el joven puede hoy elegir, es fundamental subrayar que el factor necesario es Jesucristo. Es decir, no podemos, o me parece a mí muy difícil plantear... Lo que la Iglesia puede ofrecer hoy al joven no es otra cosa, no es un método, porque,

¹ Transcrito por audición.

si tuviéramos un método ajeno a lo que la Iglesia vive, como una especie de técnica, no acertaríamos.

La clave que la Iglesia propone, por la propia experiencia, al joven, es el encuentro con Jesucristo, porque Él es quien nos libera de todos los miedos. Me atrevo a pensar que podemos decir que no sabemos cómo será la sociedad dentro de 20 o 40 años, pero sí podemos decir que Jesucristo estará ahí dentro de 20 o 40 años, y que, por lo tanto, quien se une a Él y quien le reconoce y le elige como fundamento de su vida, puede saber que ese fundamento permanecerá.

En segundo lugar, en relación a la familia, creo que más allá de las circunstancias sociales que puedan acompañarla o no, también nosotros tenemos una palabra propia que decir, y es el valor de las familias cristianas. Es decir, el cristianismo, evidentemente, nació en un mundo en el que no se protegía ni se defendía a la familia cristiana; en el que san Pablo y los primeros padres de la Iglesia tienen que dar una palabra al mundo, a la cultura.

Creo que hemos de vivir, no tanto a la defensiva en la búsqueda de la recuperación de una sociedad perdida o de un contexto social perdido, sino en la propuesta de una verdad que nosotros hemos descubierto, que hemos reconocido, que hemos verificado en nuestra vida, y que se propone como absolutamente valiosa. Poniendo a Jesucristo en el centro de nuestras familias es como nosotros podemos acompañar a nuestros hijos y como nuestros hijos pueden crecer, no esperando que sea la sociedad u otros factores quienes les eduquen, sino nosotros mismos.

CMS - Muchas gracias.

Llegan más preguntas. Una, justamente, en relación a esto que acabamos de mencionar: en relación al papel de la familia, de los padres. Hay dos en ese sentido, y voy a hacer un... porque empiezan a llegar en profusión, y vamos a hacer... para ajustarnos al tiempo.

Una sería: "¿Qué aconsejaría que lo dice una madre, que, claro, esta es la preocupación normal de las madres a un hijo que quiere estudiar Filosofía Pura, y la sociedad le pide cosas más materialistas y prácticas?". Y en relación también a los padres: "¿Quién enseña a los padres a acompañar a los hijos en su vocación?". Yo, esas, las uniría de alguna manera.

JV - Al hijo que quiere estudiar Filosofía Pura le diría que la estudie, ciertamente.

O sea, si hoy no nos jugamos nosotros esta posibilidad, ¿quién lo va a hacer? Es decir, que verdaderamente es así. No por su utilidad, sino por lo que decía, por la verdad de la necesidad de un discernimiento que él deberá ir haciendo, y la confianza de que, si lo ha hecho como fruto de un camino

de discernimiento en el que los padres le están acompañando, creemos que también el Espíritu Santo puede guiarle y conducirlo.

¿La siguiente pregunta?

CMS - Esta sería: “¿Quién enseña a los padres a acompañar a los hijos en su vocación?”

JV - En este sentido, los padres necesitan, a su vez, ser acompañados. Hoy, para la Iglesia, igual no podemos decir que es una prioridad el acompañamiento a los jóvenes separado de la idea de que es una necesidad el acompañamiento a las familias.

Los padres, a su vez, tienen que vivir acompañados, como, por otro lado, ¿quién enseña a los sacerdotes a acompañar? Los sacerdotes necesitamos ser acompañados. ¿Quién enseña a los obispos a acompañar? Los obispos necesitamos ser acompañados, yo necesito ser acompañado. Si yo no soy acompañado, ¿cómo voy a acompañar?

De tal manera que así, en el camino de la experiencia de aquellos que nos han precedido en el camino de la fe, vamos todos aprendiendo este camino, y en una estructura organizada de acompañamiento, marcada por los diferentes carismas, vamos creciendo en la Iglesia.

CMS - Voy a unir otras dos, porque de alguna manera vienen vinculadas también. Una sería: “Ante la carencia de vocaciones a la vida consagrada, ¿podríamos decir que es falta de discernimiento o simplemente egoísmo?”. Vinculado también con ello, “¿convendría hacer una campaña de sensibilización en la familia para que no impidan el discernimiento y elección hacia el sacerdocio o la vida religiosa, con énfasis en las familias católicas?”.

JV - Vale, gracias.

Están un poco unidas. Creo que ciertamente no es que haga falta hacer una campaña de sensibilización en la familia para que no impidan, estrictamente, este discernimiento del sacerdocio o la vida religiosa, sino que hemos de hacer una campaña para que la familia cristiana sea consciente de que tiene que estar abierta a todas las vocaciones, porque vive de todas las vocaciones. Por lo tanto, que cualquiera que sea la vocación a la que su hijo sea llamado dentro de la Iglesia, esto será una bendición para ellos. Es más una apertura general a la misma vida de la Iglesia. Es el amor a la Iglesia el que nos abre a todas las vocaciones.

En relación a la falta de vocaciones en la vida consagrada... bueno, es un misterio, y esto es un análisis que llevaría a muchísimos más factores. Entre estos dos, yo no diría tanto que es simplemente por egoísmo. Lo es en cierta manera, si entendemos por egoísmo todos estos factores que hemos desarrollado del joven de hoy. Pero yo creo que el joven de hoy no es egoísta, sinceramente.

Yo no lo definiría como egoísta. Sí que creo que es por falta de discernimiento. Es decir, creo que la sociedad de hoy sí que nos impide, en cierta manera, discernir y, por eso, educar a los jóvenes en el camino del discernimiento. De hecho, en los lugares donde el discernimiento se propone directamente a los jóvenes como un camino para todos surgen más vocaciones.

CMS - Hay una que ha llegado también, que ahonda en esta última cuestión: sobre si la vocación religiosa parece que hoy está en crisis, pone, y qué dificultades habría para plantear una atracción hacia la vocación religiosa. De alguna manera ahondar en esa posibilidad de encauzar, de discernir hacia esa vocación religiosa.

JV - Yo creo que la vocación religiosa no está en crisis, puesto que muchos jóvenes se siguen descubriendo llamados. Creo que está en crisis el discernimiento, y que por eso hay muchos otros jóvenes que no se plantean la vida como una vocación. Por lo tanto, al no plantearse la vida como vocación, no hay vocación a la vida religiosa, no hay vocación al sacerdocio y no hay vocación a la familia.

Muchas veces la familia se vive como el simple final de un deseo y de un cierto, al menos en las familias cristianas, pues, como qué va a hacer uno al final. El desarrollo normal de uno que por vocación natural al amor se ha enamorado de un chico o de una chica es el matrimonio. Al final, el matrimonio no se percibe como el fruto de un discernimiento. Yo diría que lo que está en crisis es el discernimiento porque afecta tanto a la vocación consagrada y sacerdotal como a la vocación matrimonial. ¿Quiénes podríamos decir que hoy afrontan el noviazgo como un tiempo de discernimiento? Sin embargo, lo es.

CMS - Bueno, llega tal cantidad de preguntas, que esto parece un bombardeo. Vamos a ir acotando y resumiendo porque, si no, esto parece que lo hemos metido en tercer grado y no venía para eso, que conste.

JV - Encantado.

CMS - Aquí hay una que dice: “Ha afirmado usted en su intervención, que la vocación comienza con un encuentro con Cristo. Para que pueda darse ese encuentro en el joven, es necesaria una tierra buena que se prepara en la familia, pero también en el colegio”. Problemón. “A la vista de tantos jóvenes que en edad escolar se han apartado ya de Dios y de la Iglesia, ¿cómo fomentaría usted, en un colegio católico, ese encuentro con Cristo, para que se pueda producir en la edad escolar?”.

JV - El colegio, y esto es siempre importante creo que la pregunta va por ahí, siempre es subsidiario de la familia. Es decir, que ciertamente, no tengamos la tentación de trasladar al colegio nuestras propias dificultades en

el discernimiento. Por supuesto que, al ser subsidiario, una mejor subsidiariedad, una mejor ayuda fortalecerá este camino de discernimiento.

En relación a los colegios, los colegios católicos, creo que viviendo la propia vocación e introduciendo en los propios programas el factor del acompañamiento para el discernimiento. El colegio, en colaboración con la familia, no ha de dar simplemente unos conocimientos teóricos acerca de la realidad, sino que ha de disponer al joven para este crecimiento humano. Por lo tanto, en colaboración con la familia, subrayo esto, siempre deberá ser un ámbito para un discernimiento más abierto.

En cuanto al encuentro con Cristo, que es a lo que se refería más exactamente la pregunta, creo que a través del testimonio. Porque el encuentro con Cristo no se puede provocar de otra forma. No es un ideario el que provoca el encuentro con Cristo, es el testimonio. Por lo tanto, solo a través de educadores que verdaderamente conozcan a Jesucristo, le vivan, le pongan en el centro de sus vidas y vivan su propia vida como un discernimiento, podrán ayudar a que los jóvenes se encuentren con Cristo.

CMS - De manera que me ha respondido a una pregunta que venía aquí: "como maestro, ¿cómo se puede ayudar a futuro a los alumnos en ese discernimiento vocacional?". Dando un testimonio.

JV - Eso es.

CMS - Para ir resumiendo y terminando: ¿cree que se cuenta lo suficiente con los jóvenes cuando se habla de ellos, o los adultos damos vueltas sobre sus asuntos sin preguntarles?

JV - Es necesario escuchar más a los jóvenes. Este fue uno de los temas centrales que han surgido del sínodo, y creo realmente que es así. En Madrid, por ejemplo, la iniciativa de nuestro Arzobispo, de don Carlos, de los parlamentos diocesanos ha dado un fruto muy valioso, en el que los jóvenes se han reconocido escuchados y, por lo tanto, valiosos, porque cuando un joven es escuchado, y es escuchado no como quien escucha para dar una respuesta ya prefabricada, sino que es escuchado en verdad y en serio, el joven se reconoce valorado.

Porque al final, ¿cuándo me puedo reconocer amado? Cuando me reconozco escuchado, cuando me reconozco atendido. El hecho de que la Iglesia dedique tiempo a escuchar a los jóvenes para que el joven pueda exponer estas dificultades y no corte dando una receta la receta del que ya ha hecho el camino y, por lo tanto, tiene la solución, que podamos escuchar a los jóvenes nos permite entrar en un diálogo con ellos.

Por lo tanto, que todas las iniciativas en las que podamos aprender, como dice aquí, a conocer sus lenguajes, sus expresiones, sus intereses, serán

fundamentales y, para esto, quienes más nos pueden ayudar, ciertamente, son los jóvenes cristianos. A un joven le evangeliza otro joven.

Que los jóvenes cristianos conozcan a Jesucristo y vivan esto es lo que permitirá que puedan dar testimonio ante sus amigos, ante sus compañeros, de lo que ellos han encontrado.

CMS - Aquí hay dos que voy a resumir y unir en sí mismas, porque en una lo que plantea es esa elección de vida, ya sea para el sacerdocio o para el matrimonio, y cómo ayudar y cómo preparar. Entonces, enlace con otra que plantea aquí acerca de los cursillos que nos preparan para el matrimonio, que apenas duran dos meses, y de si sería necesario tener una mayor preparación, porque eso parece que es poco para una elección de vida.

JV - En este sentido, creo que no es tanto la cuestión de los cursillos. Hay que ir más al fondo en la Iglesia, y esto es lo que el Papa Francisco nos está proponiendo desde la *Amoris laetitia* y en sus distintas intervenciones. Hemos de ir más al fondo.

No se trata de hacer los cursillos más largos o más cortos, de cambiar la temática. Se trata de hacer descubrir a aquellos que se preparan para el matrimonio que el noviazgo es un tiempo de discernimiento, y el discernimiento tiene distintas etapas y distintos instrumentos. Esto lo dejó ya muy claro san Juan Pablo II en la *Familiaris consortio*: la preparación remota, la preparación próxima.

Aquí sí que es importante que sigamos viviendo, descubriendo nosotros y transmitiendo a los jóvenes el factor importante del discernimiento para la propia vida, en concreto, para el noviazgo y para la apertura a la vocación consagrada y sacerdotal.

CMS - La última, que iría en esa última parte que usted ha apuntado, se refiere a ese problema del analfabetismo para identificar los propios afectos. Quizá la necesidad de mayor tiempo de preparación no es tanto un mayor tiempo sino esa dificultad de identificar los afectos por esa inmediatez en las relaciones, que es propia de este signo de los tiempos que nos acompañan.

JV - Sí. Es verdad que yo asumo que nos da miedo que los jóvenes se equivoquen. Pero es el miedo el que muchas veces nos impide entrar en diálogo.

Mi experiencia es que, cuando uno dialoga a fondo sobre lo que uno ha percibido, dado que estamos bien hechos y que al final nuestro corazón responde de una forma adecuada, aunque este corazón esté también roto por el pecado, y, por lo tanto, necesite ser sanado por la Gracia, sanado por Jesucristo en el ámbito de la Iglesia, a pesar de esto, uno puede, de verdad,

escuchando y aprendiendo a escuchar la voz interior de Dios, que resuena en cómo uno responde ante lo que vive, puede caminar para comprender mejor lo que uno está viviendo.

Por lo tanto, animo a que abramos espacios donde podamos escuchar de verdad lo que un joven ha experimentado. Cuando un joven puede hablar largamente acerca de lo que ha vivido, sabiendo, ya digo, de estos miedos que muchas veces nos mueven a ser corregidos, a ser censurados, es lo que nos permite abrirnos a un camino con Jesucristo, en el que Él, el Espíritu Santo, puede guiarnos.

Por lo tanto creo que sí, creo que hemos de abrirnos a un mayor conocimiento interior, y para eso nos hacen falta tiempos de silencio, tiempos de silencio en nuestra vida para dejar que la voz del interior resuene.

CMS - Ya hemos acabado con todas las preguntas.

Muchísimas gracias, monseñor, por habernos acompañado, por habernos dado sus cariñosísimas palabras al congreso, y por el saber que hemos apreciado en su intervención.

Muchas gracias.

JV - Gracias a vosotros.